



El paradigma construccionista y su aplicación en el Trabajo Social Comunitario

The constructionist perspective and its application in Community Social Work

Jesús Domínguez Sanz¹

Resumen

El presente artículo pretende mostrar la importancia que la perspectiva construccionista puede tener para el Trabajo Social Comunitario, al ofrecer no solo un marco para la comprensión de los procesos de construcción de la realidad y de las identidades de los diferentes grupos y comunidades, sino también instrumentos y metodologías concretas para el trabajador social, como los Diálogos Apreciativos o los Proyectos de Conversaciones Públicas. Además, profundiza en el rol que el trabajador social tiene desde esta perspectiva convirtiéndose más en un mediador que facilita la creación de discursos comunes, que en un animador, o un organizador comunitario.

Palabras clave: Trabajo Social, comunidad, construccionismo, resolución de conflictos, mediación.

Abstract

This article aims to show the importance of the constructionist perspective for Community Social Work, by providing not only a framework to understand the processes of construction of reality and the identities of different groups and communities, but also specific instruments and methodologies for the social worker, such as Appreciative Dialogues or Public Conversation Projects. It also delves into the role of the social worker from this perspective, becoming more a middlemen that facilitates the creation of common discourses, than an animator, or a community organizer.

Keywords: Social Work, community, constructionism, conflict resolution, mediation.

ACEPTADO: 04/12/2020

PUBLICADO: 21/01/2021

¹ Trabajador Social.
Ayuntamiento de Zaragoza.

✉ Grupo Municipal ZeC.
Ayuntamiento de Zaragoza.
Plaza del Pilar, s/n.
50071. Zaragoza, España.
jidominguez@zaragoza.es

Domínguez Sanz, J. (2021). El paradigma construccionista y su aplicación en el Trabajo Social Comunitario. *Itinerarios de Trabajo Social*, 1, 31-35. <https://doi.org/10.1344/its.voi1.32477>

1. Construccionismo y constructivismo.

A principios del siglo XX, William I. Thomas (1863-1947), miembro de la Escuela de Chicago y de su más importante corriente teórica, el Interaccionismo Simbólico, estudió la importancia que en la definición de la situación tenían las percepciones e impresiones del individuo, ya que “no sólo los actos concretos dependen de la definición de la situación, sino que gradualmente toda una política de vida o la personalidad del individuo mismo provienen de una serie de definiciones de este estilo” (Thomas, 2005, p.27). El denominado *Teorema de Thomas*, que formuló en 1928, que establece que, si los individuos establecen una situación como real, es real en sus consecuencias, puede, en muchos sentidos, considerarse como precursor de las teorías constructivo-construccionistas.

A través de él, Thomas hizo ver la capacidad del grupo para convertir en reales, a través de una suerte de profecía autocumplida, las situaciones sociales que suponen como tales, al adecuar sus conductas a esa situación, definida previamente por ellos mismos.

Muchos años más tarde, Berger y Luckman (1995) profundizarían en esta idea, ya desde una definición puramente construccionista, al establecer que la realidad social es una construcción humana que se realiza a través de un proceso de interiorización de normas creadas a través de la interacción social. Estas reglas y normas so-

ciales, cuya función fundamental era la ordenación de la realidad, a través de mecanismos de repetición y habituación, se van volviendo progresivamente autónomas de las personas y de obligado cumplimiento.

Se produce, en ese momento, un fenómeno tremendamente importante por el cual, esa realidad, que es una construcción social, empieza a ser percibida como una realidad que está ahí, que es natural. El acuerdo sobre la misma es tan fuerte que se pierde la perspectiva de encontrarnos ante el resultado de un proceso, que la sociedad misma ha generado.

Los significados, desde esta perspectiva, se construyen de manera colaborativa, no son atribuibles a un único individuo ni a un grupo, y tampoco se construyen de manera unificada, sino que dependen de los contextos sociales y culturales. Los significados son de carácter social porque se aprenden en interacción social; pero, además, son sociales porque los contenidos que aprendemos han sido construidos socialmente por otros individuos o culturas y acumulados a través de la historia.

En la base de esta construcción, se encuentra la interacción y la comunicación, entendida en sentido relacional, en la que el lenguaje deja de ser una mera vía de transmisión de contenidos para convertirse en generador de significados.

No muestra simplemente una representación estática de la realidad, sino que opera constituyendo los hechos y

ejecutando acciones, todo ello al servicio de las relaciones y los intercambios que se producen en una situación concreta de interacción social (Cubero, 2005).

Desde la óptica constructivista, en cambio, el conocimiento se entiende como una construcción subjetiva, individual, en la que la realidad deja de ser algo absoluto, independiente y externo a nosotros mismos.

Bandler y Grinder (1998) detallan como a lo largo de nuestro proceso de socialización, cada uno de nosotros crea una representación, un mapa del mundo en el que vivimos que nos permite manejarnos en él. "Nuestra representación del mundo determinará lo que será nuestra experiencia en él, el modo de percibirlo y las opciones que estarán a nuestra disposición." (p. 27).

Como todos los mapas, éstos no suponen más que una aproximación a la realidad, una simplificación que llevamos a cabo a través de mecanismos de generalización, eliminación y distorsión de lo que percibimos, y que vamos poco a poco modificando en base a nuestra experiencia. La capacidad para desenvolvemos por dicho territorio dependerá en gran medida de la riqueza del mismo, de su complejidad y grado de detalle. Podemos decir que la incapacidad de estos mapas para orientarnos en una situación nueva, está en la base de los problemas individuales y sociales. Son necesarios, pues, nuevos mapas que muestren nuevos caminos que le permitan llegar a su destino, es decir un modelo del mundo, una nueva construcción de la realidad.

Constructivismo y construcciónismo no son corrientes antagónicas y cerradas. Además de su pluralidad interna, ambas coinciden en considerar la naturaleza constructiva del conocimiento y en señalar que la realidad no existe independiente del sujeto. Además, el constructivismo ha ido mostrando un creciente interés por lo 'social' en su explicación y su discurso y hay autores (Cubero, 2005) que apuntan hacia lo que denominan una *metateoría constructivista o de constructivismo social* que integraría ambas teorías.

No obstante, no se puede hacer un uso intercambiable de ambos términos, sin llegar a causar una cierta banalización de estos paradigmas. Si bien el constructivismo, tiene una especial significación para el abordaje de problemáticas individuales desde el Trabajo Social, para el trabajo con grupos y comunidades. De acuerdo con Kisman (1998):

Nos interesa más el construcciónismo porque remite a los intercambios que se dan entre personas situadas históricamente en una sociedad dada. (...) las situaciones y hechos sociales, etc., son construcciones sociales nunca individuales, porque lo social precede a lo individual. (...) Las significaciones se co-construyen entre actores y trabajador social en un contexto social. (p. 123)

2. Construcciónismo y Trabajo Social Comunitario.

Frente a otros conceptos que se han venido utilizando, a veces de forma indistinta al tratar de designar la acción comunitaria, el Trabajo Social Comunitario presenta especificidades propias que lo sitúan en la intersección entre lo colectivo, lo grupal y lo individual, en continua in-

teracción y conflicto entre ellos lo que acentúa su carácter relacional y que lo imbrican dentro del continuo metodológico.

Es en esta interacción dialógica en la que la vinculación e importancia del Trabajo Social Comunitario con el construcciónismo, cobra importancia a partir de dos elementos fuertemente interrelacionados.

El primero de ellos tiene que ver con la propia definición de una comunidad y los conflictos que pueden surgir a través de ella, y el segundo en la definición de las situaciones y el diseño de un proyecto común.

En lo que respecta al primer punto, la comunidad no deja de ser un concepto controvertido en el Trabajo Social. Su equiparación y su limitación a un territorio concreto no deja de generar problemas operativos en una sociedad global, urbana y compleja como la actual en la que las relaciones se establecen de manera variable y a través de diferentes redes, superpuestas y complementarias, que en la práctica daría lugar a un sistema de múltiples comunidades (Sancho, 2009).

Por todo ello diferentes autores han planteado eliminar este término sustituyéndolo por otros (*intervención colectiva*) o completándolo de manera que sea más útil para la práctica (*comunidad de intereses o comunidad funcional*).

No obstante, cualquiera que sea la definición que se utilice, en todas ellas existe un punto en común: para que se pueda hablar de comunidad es necesaria la existencia de vínculos relacionales y de un sentimiento de pertenencia a la misma. Un sujeto *forma parte* de a través de su *vinculación con otros* que también sienten que forman parte. Es esta pertenencia la que los diferencia de todos los demás.

Es decir, las comunidades disponen de una identidad como tal que como Bauman (2003) señala, significa ser diferente y único en virtud de esa diferencia. Establece un *nosotros* que solo tiene sentido si existe el *otro*, dándonos una seguridad colectiva, unas pautas de acción, una manera de interpretar la realidad, frente al diferente. Esta identidad, como señalan Berger y Luckmann (1995), constituye un elemento clave de la realidad subjetiva y en cuanto tal, se halla en relación dialéctica con la sociedad. La identidad se forma por procesos sociales y es mantenida, modificada o aun reformada por procesos sociales. Es esta identidad, generada a través del lenguaje y los símbolos, la que hace que los miembros de una comunidad sientan que no es necesario explicar el significado de sus discursos.

Así, en el centro de muchas de las problemáticas que encontramos en nuestro ámbito de intervención podemos encontrar la cuestión de la identidad. Dado que ya no podemos equiparar necesariamente el territorio con una comunidad concreta, y dado que tampoco podemos identificar en una comunidad una sola identidad colectiva, sino que podemos encontrar varias en función de factores socioeconómicos y culturales, nos encontramos en una realidad multicultural que genera incertidumbre y una cierta sensación de miedo ante el extraño:

Debemos destacar que uno de los orígenes del conflicto suele ser consecuencia de la propia naturaleza de los símbolos a partir de los cuales se construye la identidad y por tanto la comunidad (...). El grado de confronta-

ción y la propia resolución del conflicto dependerán de la estructura relacional de la comunidad (Sancho, 2009, p.83).

Como ya hemos apuntado, la persona no es un ente pasivo respecto a lo que le rodea, sino que es un ser relacional, que selecciona, interpreta y transforma los significados de su entorno a partir de las relaciones que establece con los demás.

La intervención desde el Trabajo Social Comunitario tendrá que ver entonces con la construcción de esas identidades comunitarias múltiples y diversas de forma que garanticen la cohesión e integración de los individuos de manera mucho más compleja y plural, aceptando la diferencia del otro y fomentando la tolerancia, de forma que la identidad no se construya en contra de las demás identidades, sino desde una autoafirmación que no excluya. Una intervención de este tipo, puede ser fuente de importantes beneficios de tipo cultural / simbólico (Barbero y Cortés, 2005) ya que permite la deconstrucción de identidades colectivas que repercuten negativamente en la población (conciencia vergonzante, población peligrosa...) y reconstruirlas de manera positiva, dando autoestima y animando a la acción a las comunidades.

Pero este tipo de intervención no puede llevarse a cabo si no es a partir del segundo de los elementos señalados: la construcción de proyectos colectivos. Desde los principios de la construcción social se asume que, en una comunidad, podemos encontrar diferentes relatos sobre lo que está sucediendo y que corresponden a diferentes identidades, diferentes grupos de interés o afinidad.

Estas definiciones, como hemos visto, no tienen por qué corresponderse con la realidad y en muchas ocasiones no se corresponden con los datos objetivos sino con lo que podemos llamar *mitologías comunitarias*, entendidas estas como el conjunto de relatos y creencias, socialmente construidas y aceptadas, con las cuáles una comunidad representa o da explicación a determinadas situaciones sociales.

Ejemplo de ellas podemos encontrar en la percepción subjetiva por parte de una comunidad acerca de la peligrosidad de determinados barrios, percepción que no se corresponde a la realidad 'objetiva' basada en las tasas de delincuencia, similares a las del entorno próximo no percibido como peligroso; la 'estigmatización' de un colegio como inadecuado, cuando sus resultados académicos y de convivencia son perfectamente equiparables al resto; o la asignación a determinados colectivos de costumbres que nada tienen que ver con sus prácticas culturales reales.

Aunque la práctica comunitaria estará encaminada precisamente a la deconstrucción de estos mitos, para conseguir nuevas definiciones que posibiliten cambios, debe partir de ellos si no quiere verse abocada al fracaso antes de su inicio.

Pero el/la trabajador/a social comunitario no puede abordar de manera individual este cambio de narración, sino que ha de abordarlo con el resto de los actores presentes: la población y los recursos y servicios. Como señala Navarro (2004), la realidad comunitaria no existe, sino que es creada colectivamente a partir de la práctica comunicativa, del *consenso intersubjetivo*, que solo tiene validez en la vida cotidiana hasta nuevo aviso, hasta que surge un

problema que no puede resolverse en ese *mapa de la realidad* y que exige la co-construcción de otro para el que se parte de:

Las diferencias, más no las asimetrías, entre las diferentes construcciones del mundo de los agentes sociales; en este caso, de las personas pertenecientes 'a la comunidad' y los/as profesionales que participan en procesos de acción comunitaria (Ucar y Llena, 2006, p.63).

Cualquier intervención comunitaria tiene como punto de partida la necesidad de generar este nuevo discurso, esta nueva visión de la realidad, que permita hacer frente a esa nueva situación. En toda intervención comunitaria, se busca, de hecho, la construcción de estas definiciones, interpretaciones, visiones y lecturas comunes, aunque no exclusivas, de las problemáticas, las necesidades y de los proyectos de intervención. La mayor parte de los fracasos de las acciones que se realizan en la comunidad, tienen que ver con el olvido de la significación que se agrega a la realidad.

La participación, como elemento fundamental en cualquier proceso comunitario, tiene ese sentido fundamental, más allá de la legitimación democrática de la actuación llevada a cabo, la incorporación de todos los relatos en la búsqueda de un relato común.

Para ello, muchas de las técnicas que se emplean en el proceso comunitario para promover la participación, como la Investigación-Acción Participativa, deben entenderse no solo con una finalidad de socialización del conocimiento, sino también como una manera de intentar crear nuevos mundos directamente, a través de esa nueva definición de quién somos y qué necesitamos. Las formas de vida social se mantienen unidas porque comparten significados y valores, y esta vida puede cambiar radicalmente mediante la transformación de esos valores y del discurso. Esa es la aportación del construcciónismo al potencial humano para el cambio.

3. Algunos apuntes sobre técnicas y metodologías construcciónistas en Trabajo Social Comunitario.

Las tremendas implicaciones que esta perspectiva tiene para la práctica cotidiana del Trabajo Social Comunitario hacen que nos preguntemos acerca de cuál debe ser el papel del/a trabajador/a social en un proceso comunitario y también acerca de las metodologías y técnicas necesarias en que pueda apoyarse para llevar un cambio, sobre todo, en lo simbólico y en lo relacional con una óptica construcciónista.

3.1. El trabajador/a social como mediador.

Lejos de las intervenciones de tipo tradicional que conciben al trabajador/a social como un animador/a, un organizador/a o un agitador/a, la perspectiva construcciónista nos hace concebirlo sobre todo y principalmente como un mediador. Su tarea principal es facilitar contextos y procesos que favorezcan procesos comunicativos, en los que sea posible de-construir y re-construir los discursos, las narrativas de los diferentes actores presentes en un proceso comunitario.

Para ello debe basarse en lo que podemos llamar la 'metodología de la ignorancia', o como Gergen y Gergen (2011) denominan la orientación del no-saber. Esta me-

todo lo que no supone que el profesional deje de lado todos sus conocimientos previos, sino que los utilice como posibles recursos para enriquecer la conversación comunitaria.

Ser un/a trabajador/a social 'ignorante' facilitará su curiosidad por conocer qué está ocurriendo en una comunidad, quién es quién, por qué sucede lo que sucede, cómo definen la realidad cada uno de los grupos, cómo interactúan entre ellos, cuáles son las soluciones intentadas para resolver un problema, por qué no se han intentado otras... convirtiendo el propio proceso de indagación en una importante fuerza de cambio. Lejos de asumir los diferentes discursos ya establecidos, los ojos nuevos, sin ideas preconcebidas, sirven a una nueva mirada, una definición diferente de la situación que permita afrontarla de manera efectiva. Es potenciar el sentirnos extraños, es decir extranjeros, de ver todo con ojos nuevos, de descubrir otros mapas, otras maneras de ver el mundo.

De algún modo supone irritar el sistema, añadir complejidad a una interpretación de la comunidad que como señala Bauman (2003):

Se basa en la promesa de la simplificación (...) la simplificación supone mucha mismidad y un mínimo de estricto de variedad. La simplificación que se ofrece sólo puede lograrse mediante la separación de las diferencias: reduciendo la posibilidad de que se encuentren y estrechando su grado de comunicación. (p. 173)

Esto es de máxima importancia cuando el conflicto está presente en las comunidades en las que trabaja. Siendo un extraño del que todos esperan que tome partido, su misión se centra en utilizar esa misma *extranjería* para tender puentes que permitan cambiar la estructura relacional de la comunidad, añadir cada vez mayor complejidad que permita una interpretación diferente de la realidad, más compleja, más diversa y por tanto menos cerrada y centrada en el propio conflicto.

Por tanto, si el origen de esta realidad, como hemos visto es de carácter comunicacional (en un sentido relacional), las competencias básicas para el/la trabajador/a social comunitario deben ser de tipo comunicacional. Debe, como señala Navarro (2004), obtener habilidades que le capaciten para escuchar a la comunidad e ir ofreciéndole un espejo en el que verse reflejada y entenderse, o como señala Hernández Aristu (2009), una metodología comunicativo-reflexiva que permita no solo hablar sobre algo, objetivar una realidad subjetiva, sino que también a través del lenguaje y de otras técnicas activas (psicodrama, juegos simulados...):

Permite distanciamiento, cuestionamiento, percepción desde fuera, discurso por tanto, para desde ahí desarrollar y percibir con más nitidez y claridad los elementos que constituyen la propia situación problemática (...) y formular nuevas acciones, nuevos objetivos, nuevas formas de ser o estar, no como consecuencia de alguna presión-imposición externa, sino desde la aceptación, unas veces, y desde el cambio, otras, de los condicionamientos de nuestra acción o interacción (Hernández Aristu, 2009, p.195).

Estas competencias comunicacionales son de aplicación en cualquier momento de la intervención profesional, pero en ocasiones aparecen vinculadas a métodos o instrumentos concretos que se han ido desarrollando como

un intento de sistematización de la práctica. Señalamos aquí algunos que nos parecen de especial importancia desde la perspectiva constructorista.

3.2. Los diálogos apreciativos.

Esta técnica desarrollada en la década de los 80 por David Cooperrider, a partir de las teorías constructoristas, comenzó a ensayarse en el ámbito comunitario hace más de 15 años en un programa, llamado "Imagine Chicago" que más tarde se ha desarrollado en otras ciudades como Londres, o en España en Bilbao, en el Plan Comunitario del barrio de Otxarkoaga.

Partiendo de la idea de que hablar de problemas, genera problemas, y hablar de soluciones, genera soluciones, su metodología se basa en la búsqueda de potencialidades a partir de las experiencias pasadas. Para ello comienza recogiendo las historias individuales positivas de cada persona participante, aquellas que suponen los mejores recuerdos para, desde ese punto, empezar a soñar el mañana.

A través de preguntas indagatorias orientadas a la experiencia positiva de la comunidad, de los lugares, personas e imágenes representativas para las personas, la proyección sobre el futuro de la comunidad y los cambios favorables que imagina para un futuro y en los que han participado, se comienza la generación de una identidad compartida y la visualización y construcción colectiva de un futuro deseado. Las historias individuales son la vida de una comunidad, pero esas historias sólo son vividas y conocidas por pocos. Su exposición pública las convierte en algo común.

Todo este material se sistematiza luego en un diseño detallado del proceso y en el establecimiento de una agenda de tareas con todos los grandes y pequeños proyectos que marcarán el destino de la comunidad.

Se trata de una metodología que crea la posibilidad de construir juntos el futuro. Cuanto mayor es la participación de los miembros del grupo en la exploración del núcleo positivo del sistema humano, mejor, más profundo y duradero es el proceso de cambio.

3.3. Los proyectos de conversaciones públicas.

De especial importancia para el trabajo en contextos comunitarios conflictivos, con grupos e intereses contrapuestos, parte la idea de que cualquier conflicto comunitario se ajusta a un discurso dominante que "influye decisivamente en las ideas, experiencias y observaciones que se juzgan normales o extravagantes, relevantes o irrelevantes" (Becker et al., 2000, p. 157). Estos discursos dominantes propician que las personas se unan al mismo ya que les ofrecen un ámbito seguro y válido, con valores y normas claras, que les ofrecen el apoyo de quienes piensan como él. Pero también tiene un precio, pues describe a las posiciones contrarias como un grupo también homogéneo de personas con intereses irreconciliables y opuestos. Ser leal al propio grupo supone simplificar el propio discurso eliminando de él las incertidumbres, experiencias personales complejas, conflictos internos y diferencias con los miembros de su propio grupo.

El diálogo, a través de la generación de un contexto seguro de técnicas comunicativas reflexivas, promueve la co-creación de una nueva situación a través del intercambio de perspectivas, experiencias y creencias en el que las personas hablan. Los mediadores insisten en que los

participantes hablen a un nivel personal, vivencial, en lugar de intercambiar de manera autorreferencial los argumentos ya conocidos por todas las partes. Se anima especialmente a los miembros de ambos grupos a relatar historias personales relacionadas con su posicionamiento. Como resultado, empiezan a comprender emocionalmente por qué sus oponentes sienten como sienten. Más tarde se les anima a hablar sobre sus áreas grises, esto es, de sus propias dudas en la posición que sostienen. Entonces aparece una segunda voz, una que empieza a parecerse a la de la oposición.

Como bien señalan Gergen y Gergen (2011) uno de los resultados de estas conversaciones es que el conflicto disminuye. A los participantes no se les pide que cambien su posición, pero son capaces de comprender mejor al otro bando y ser más solidarios. Y aún más, a veces empiezan a construir nuevas posibilidades conjuntas.

4. Consideraciones finales.

Las teorías y las prácticas constructoristas en Trabajo Social Comunitario suponen negar la existencia de una realidad independiente de su construcción, abandonando la visión absoluta de la verdad para pasar a la asunción de la existencia de múltiples visiones de la misma y en consecuencia de múltiples realidades.

La propia definición del objeto, los sujetos y la metodología del Trabajo Social Comunitario, desde este punto de vista, no son sino construcciones sociales que generan identidades y, por tanto, la propia elección de una perspectiva constructorista define una realidad y un modo concreto de aproximación a la misma.

Por ello, pese a que su definición y sus desarrollos son diversos, en la práctica las teorías constructoristas se ubican en la renuncia a una concepción de la intervención comunitaria entendida como un proceso de concientización social, en base a una visión absoluta de la realidad que debe ser mostrada por el supuesto conocimiento del profesional. Podríamos decir que para la metodología constructorista el resultado final de un proceso comunitario no depende tanto de las situaciones iniciales de partida ni del resultado final, sin desdeñarlos en absoluto, como de la naturaleza del propio proceso.

Un proceso en el que el facilitador se coloca en una postura de co-construcción con los grupos, invitando a los participantes a colaborar en el proceso compartido de planificación, desarrollo y evaluación de la intervención en la comunidad y en el que el diálogo y las técnicas comunicativas-relacionales se convierten en la herramienta esencial para el cambio social.

No obstante, la primacía que esta perspectiva da al diálogo como elemento central de las metodologías constructoristas, corre el riesgo de convertirlo en un fin en sí mismo, frente a la transformación social que se busca específicamente a través del Trabajo Social Comunitario, y puede además suponer privilegiar las ideas consensuales y de civismo entre las partes en detrimento de cambios sociales efectivos.

Del mismo modo, estas metodologías minimizan el papel del conflicto dentro del proceso de comunicación y del propio proceso social, al que buscan integrar a través de una metodología inclusiva, que en algunos casos puede derivar en lo que Rasera (2020) denomina una *ideología*

de la armonía, que obvia los contextos políticos e institucionales en que se desarrollan dichos procesos, así como otras formas de intervención basadas en la protesta y la movilización.

Los procesos comunicativos y dialógicos que propone el constructorismo y, desde este punto de vista, el Trabajo Social Comunitario, ofrecen en cualquier caso, un elemento de cambio potente e integrador, mucho más centrado en lo concreto que en definiciones ideológicas de la realidad, desarrollando prácticas de democracia deliberativa, y ampliando las voces y las miradas para co-construir un mapa más complejo de la realidad y sobre todo más común en lo que Gergen y Gergen (2011) proponen como una *política de prácticas relacionales*, que involucra a todos en el cambio social.

5. Bibliografía.

- Bandler, R. y Grinder, J. (1998). *La estructura de la magia. Lenguaje y terapia*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos.
- Barbero, J. M. y Cortés, F. (2005). *Trabajo comunitario, organización y desarrollo social*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bauman, Z. (2003). *Comunidad*. Madrid: Siglo XXI.
- Becker, C., Chasin, L., Chasin, R., Herzig, M. y Roth, S. (2000). Del debate estancado a una nueva conversación sobre los temas controvertidos: El proyecto de conversaciones públicas. En Fried Stichman, D. y Schnitman, J. (comp.) *Resolución de conflictos. Nuevos diseños, nuevos contextos (155-178)*. Barcelona: Granica.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1995). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Cubero, R. (2005). *Perspectivas constructoristas. La intersección entre el significado, la interacción y el discurso*. Barcelona: Graó.
- Gergen, K.J. y Gergen, M. (2011). *Reflexiones sobre la construcción social*. Madrid: Paidós.
- Hernández Aristu, J. (2009). Métodos y técnicas de intervención comunitaria. En Hernández Aristu, J. (comp.) *Trabajo Social Comunitario en la sociedad individualizada (181-221)*. Valencia: Nau Llibres
- Kisnerman, N. (1998). *Pensar el Trabajo Social. Una introducción desde el constructorismo*. Buenos Aires: Ed. Lumen-Humanitas.
- Navarro, S. (2004). *Redes sociales y construcción comunitaria. Creando (con)textos para una acción ecológica*. Madrid: CCS.
- Sancho, J. (2009). Para una reconstrucción del concepto de comunidad que sea de utilidad para el Trabajo Social. En Hernández Aristu, J. (comp.) *Trabajo Social Comunitario en la sociedad individualizada (55-90)*. Valencia: Nau Llibres.
- Rasera, E.F. (2020). Constructorismo social e trabalho comunitário: conflito, diálogo e participação. *Psicologia y Sociedade*, 32, 1-15. <http://doi.org/10.1590/1807-0310/2020v32219692>
- Thomas, W. I. (2005). La definición de la situación. *CIC Cuadernos de Información y Comunicación*, 10, 27-32.
- Ucar, X. y Llena, A. (2006). *Miradas y diálogos en acción comunitaria*. Barcelona: Graó.